

*Poco días antes de su asesinato el 22 de noviembre de 1963 en Dallas, Texas, el presidente de Estados Unidos (1961-63), **John F. Kennedy**, pronunciaba en Miami, Florida, uno de sus últimos discursos públicos, al inaugurar la Asamblea IXX de la SIP.*

JOHN F. KENNEDY

Esta Sociedad Interamericana de Prensa y sus miembros tiene una gran responsabilidad en la defensa de la libertad de nuestro hemisferio. A través de la prensa, ustedes crean la vital conciencia pública de los que es nuestra responsabilidad y una apreciación de los peligros que nos acechan. Con motivo del trabajo que desempeñan al cumplir con esta responsabilidad y la valiente lucha de esta sociedad en pro de la libertad de prensa y de la libertad del ciudadano, me enorgullezco en ocupar esta tribuna.

Es muy apropiado que se celebre esta reunión al llegar a su término el estudio anual de la Alianza para el Progreso, celebrado en la ciudad de Sao Paulo, Brasil.

En dicha conferencia se ha estudiado el progreso alcanzado hasta la fecha, se han examinado los defectos y se han aplaudido los logros. Ha sido una oportunidad para celebrar discusiones y realizar un análisis crítico. Resaltó un hecho, a saber, que a pesar de las divergencias en cuanto a problemas concretos, existen una devoción común y una fe común en los principios fundamentales enunciados en la carta de Punta del Este, y en la fuerza, la urgencia y la inevitabilidad de la Alianza para el Progreso.

En realidad, no podría ser de otro modo. Porque aquellos principios, metas y métodos de la Alianza para el Progreso representan el único sendero mediante el cual los hombres de buena voluntad pueden lograr progreso sin despotismo y justicia social, sin terror social.

La Alianza constituye nuestra esperanza común para el porvenir.

En ese porvenir, existirá un hemisferio donde todos los hombres tendrán con qué comer y una oportunidad para trabajar. Donde todos los niños puedan aprender y donde todas las familias cuenten con una vivienda decorosa. Será éste un hemisferio donde todos los hombres, desde el negro norteamericano hasta el indio del Altiplano, puedan verse librados de las cadenas de la injusticia social, libres para utilizar sus propios talentos hasta donde los lleven, y a quienes se les permita participar en los frutos del progreso.

Anhelamos un hemisferio de naciones plenas de confianza en la fuerza de su propia independencia, dedicadas a la libertad de sus ciudadanos y unidas a todas las naciones del Occidente en una asociación basada en la fuerza nacional y en una

devoción común por la libertad, porque todos compartimos un patrimonio común, y si la idea de la comunidad del Atlántico ha de tener un verdadero significado, debe incluir a las naciones latinoamericanas.

El cumplimiento de estas esperanzas no es tarea fácil.

Es importante que el pueblo de Estados Unidos, sobre el cual descansa gran parte de la responsabilidad, se dé cuenta de la magnitud de la tarea.

Se puede ver su magnitud en el hecho de que la América Latina es el continente que tiene el crecimiento más rápido del mundo. Su población ha aumentado en un 10 por ciento en el transcurso de los últimos 10 años. Dentro de 20 años más, sus 200 millones de habitantes serán unos 400 millones.

Se puede ver su magnitud en el hecho de que decenas de millones de nuestros vecinos hacia el sur viven en la pobreza con un ingreso anual de menos de 100 dólares; que la expectativa de vida, en casi la mitad de los países de la América Latina es de menos de 50 años; que la mitad de los niños no tienen escuelas; que casi la mitad de los adultos no pueden leer ni escribir; que decenas de millones de residentes urbanos viven en condiciones inaguantables; que millones más en las zonas rurales padecen de enfermedades que se podrían curar fácilmente pero que no tienen esperanzas de recibir tratamiento médico; que en vastas zonas, existen hombres y mujeres debilitados por el hambre mientras que poseemos las herramientas científicas requeridas para producir todos los alimentos necesarios.

Estos problemas, que constituyen una realidad en gran parte de la América Latina, no se pueden resolver solamente con quejas contra Castro, o achacándole la culpa al comunismo, a los generales o al nacionalismo. La dura realidad de la pobreza y de la injusticia social no desaparecerá solamente con promesas y buena voluntad. La tarea que hemos asumido en la Alianza para el Progreso, que es el desarrollo de todo el continente, es la tarea más grande que jamás hemos emprendido. Requerirá un esfuerzo difícil y doloroso durante mucho tiempo.

A pesar de la magnitud de estos problemas y de nuestra pasada responsabilidad, el sacrificio exigido al pueblo de Estados Unidos ha sido relativamente leve. Menos del uno por ciento de nuestro presupuesto federal se ha destinado para ayudar a la mitad de todo un hemisferio. Los pueblos latinoamericanos son los que deben sufrir, los pasos dolorosos de forjar de nuevo sus instituciones, y no el pueblo de Estados Unidos. Los pueblos latinoamericanos son los que deben elaborar sus programas de desarrollo y movilizar totalmente sus recursos para financiar dichos programas, y no el pueblo de Estados Unidos. Los pueblos de la América Latina, en sus ciudades y fincas, en sus hogares y palacios de gobierno, sentirán el impacto del cambio y del progreso rápidos, y no el pueblo de Estados Unidos. Los pueblos de la América Latina tendrán que modificar tradiciones que datan de muchos siglos, y no el

pueblo de Estados Unidos. En realidad nosotros, en Estados Unidos, no podemos dejar de hacer tampoco cuando está en juego el destino de tantos.

Los dos años y medio transcurridos han sido años de ensayos y de experimentos. Hemos trabajado para levantar una estructura de cooperación y de esfuerzo común que perdurará por muchos años. Ninguna nación de América puede negar que es menester hacer mucho más para fortalecer y acelerar nuestros esfuerzos, y que ha habido reveses y desengaños.

Empero, la atención debida que se preste a los obstáculos y a las mejoras no debe oscurecer el hecho de que la Alianza para el Progreso también ha logrado un progreso importante. Hemos creado nuevos mecanismos de cooperación interamericana. Estados Unidos ha comprometido 2,300 millones de dólares a la Alianza, y los países latinoamericanos han comprometido miles de millones adicionales. En muchos países se han librado nuevos esfuerzos en materia de reforma agraria y tributaria, en la educación y en la agricultura. Las cuestiones fundamentales de progreso y de reforma, ignoradas por tanto tiempo, se han convertido en el campo de batalla de las fuerzas políticas del hemisferio.

En el frente económico, durante el año pasado, diez de las diecinueve naciones latinoamericanas excedieron la meta de crecimiento per capita de 2,5 por ciento establecida en la Carta de Punta del Este.

El hecho de que no se hayan alcanzado algunas de las metas enunciadas en dicha Carta no se puede atribuir completamente a las fallas de la Alianza. Ninguna cantidad de recursos exteriores, ninguna estabilización de los precios de los productos básicos, ninguna nueva institución interamericana pueden darle progreso a las naciones que no cuentan con estabilidad política y dirigentes decididos. Ninguna serie de acuerdos hemisféricos de ningún mecanismo complicado puede ayudar a los que no tienen disciplina interna, o que no están dispuestos a hacer sacrificios y renunciar privilegios. El que envía su dinero al exterior y el que no está dispuesto a invertir en el futuro de su propio país no puede culpar a los demás por el diluvio que amenaza inundarlo.

La Alianza para el Progreso no es un programa de ayuda extranjera. Es más que un esfuerzo cooperativo para financiar los planes de desarrollo; es una batalla para el progreso y la libertad de las naciones que debe ser librada en todos los frentes según los intereses y las necesidades de cada nación.

En primer término figura el frente de la justicia social. No es posible tener un progreso genuino mientras que a millones se les niegan oportunidades y mientras que a otros se les perdonan sus obligaciones. En mi propio país hemos redactado proyectos de ley y hemos movilizado los recursos del gobierno federal para asegurar que los negros norteamericanos, al igual que los demás grupos minoritarios, tengan

acceso a los beneficios de la sociedad norteamericana. Les corresponde a otros hacer lo mismo para el campesino que no tiene tierra, para el ciudadano urbano que vive en la miseria, para el indio oprimido. Sin embargo, los privilegios no se rinden fácilmente.

El segundo frente es el del bienestar económico; el principio de que todo ciudadano de América tiene derecho a una vida decorosa para sí mismo y a una vida mejor para sus hijos. Esto quiere decir que debemos continuar con el perfeccionamiento de los planes de desarrollo nacional y con el mejoramiento de los mecanismos e instituciones financieras. Quiere decir que todas las naciones deben estar dispuestas a sacrificarse y a movilizar sus propios recursos para fines de desarrollo.

También quiere decir que Estados Unidos debe cumplir con su compromiso cabal de suministrar ayuda continua.

Al buscar el bienestar económico, la Alianza no le dicta a ninguna nación cómo debe organizar su vida económica. Cada nación puede forjar libremente sus instituciones económicas de conformidad con sus propias necesidades y voluntad nacionales.

Sin embargo, tal como ningún país puede decirle a otro cómo debe organizar su economía, ninguna nación debe actuar, dentro de sus propias fronteras, en violación con los derechos de otras naciones según los principios aceptados del derecho internacional.

La empresa privada también juega un papel importante en la Alianza para el Progreso. No existe una cantidad suficiente de capital público disponible, ni en Estados Unidos ni en América Latina, para llevar a cabo los programas de desarrollo al ritmo requerido. Sin embargo, la corriente líquida de capital extranjero se redujo en casi 250 millones durante el año en curso comparado con el año anterior, es decir, se verificó una reducción que equivale a una tercera parte de la solicitud global para fondos de ayuda al exterior enviado al Congreso de Estados Unidos. Las inversiones privadas, si es que se alientan, y si actúan de conformidad con las necesidades, las leyes y los intereses de la nación, pueden cooperar con el sector público para suministrar el margen vital requerido para tener éxito, tal como lo hizo en el desarrollo de todas las naciones de Occidente, incluso mi propio país.

En tercer lugar figura el frente de la democracia y de la estabilidad política. Estas constituyen la médula de nuestras esperanzas para el futuro.

No puede haber progreso si los pueblos no tienen fe en el porvenir. Esta fe es minada cuando existen hombres que buscan el poder ignorando las limitaciones impuestas por los procedimientos constitucionales. La Carta de la Organización de los Estados Americanos pide "la consolidación de este continente dentro del marco de las instituciones democráticas, de un sistema de libertad individual y de justicia social

basado en el respeto a los derechos esenciales del hombre”.

Estados Unidos se ha comprometido a apoyar este ideal.

Dejando a un lado lo que pueda existir en otras partes del mundo, es éste un hemisferio de hombres libres capaces de gobernarse a sí mismos. De conformidad con esta idea, Estados Unidos continuará dando su apoyo a los esfuerzos de los que procuran establecer y mantener la democracia constitucional.

En cuarto lugar está el frente de la responsabilidad internacional. Debemos cumplir con nuestros compromisos en cuanto a la solución pacífica de las disputas, al principio de la acción colectiva y al fortalecimiento del sistema interamericano. Debemos seguir invitando e instando la participación de otras naciones occidentales en los programas de desarrollo. Estados Unidos continuará sus esfuerzos tendientes a convencer a sus aliados de la necesidad de ampliar los mercados para los productos latinoamericanos.

Aunque contamos con amigos en el exterior, también tenemos enemigos. El comunismo está empeñado en la subversión y destrucción del desarrollo democrático, con miras a extender su dominio a otras naciones del hemisferio. Para que la Alianza tenga éxito debemos continuar nuestro apoyo a las medidas que detengan la infiltración y la subversión comunistas, y para ayudar a los gobiernos víctimas de amenazas provenientes del exterior. Los estados americanos deben estar dispuestos a prestarle auxilio a cualquier gobierno que solicite ayuda para impedir un cambio de gobierno, que esté vinculado a las políticas del comunismo extranjero más bien que a un deseo nacional de efectuar un cambio. Mi propio país está listo para proporcionar dicho auxilio.

Al cobrar nosotros impulso y fuerza, la atracción y la fuerza del comunismo se verán grandemente disminuidas. Este proceso ya se ha iniciado. Nosotros mismos podemos probar que el progreso es la respuesta más segura a las promesas falsas de los déspotas.

Esos son los múltiples frentes de la Alianza para el Progreso. La conducta en estos frentes, la victoria firme sobre los enemigos que son la miseria y la desesperación, el hambre y la injusticia, los cuales inevitablemente tendrán que rendirse ante nuestros ataques, constituyen la tarea central de América en estos tiempos. Sin embargo, ningún sentimiento de confianza ni de optimismo en el futuro de todo el hemisferio puede ocultar nuestro pesar ante el exilio auto-infligido de Cuba de la familia de las repúblicas americanas.

La verdadera revolución cubana, una revolución contra la tiranía y la corrupción del pasado, se había granjeado el apoyo de muchas personas con objetivo y conceptos nobles.

Empero, se ha destruido esa esperanza de libertad y de progreso. Las metas

proclamadas en la Sierra Maestra fueron traicionadas en La Habana.

Es importante reiterar los factores que separan a Cuba de mi país y de todas las naciones americanas: lo que ha ocurrido es que un grupo pequeño de conspiradores le ha robado al pueblo cubano su libertad, y ha entregado la independencia y la soberanía de la nación cubana a fuerzas que no son de este hemisferio. Han convertido a Cuba, en una víctima del imperialismo extranjero, en un instrumento de la política de otros, en una arma utilizada en un esfuerzo dirigido por potencias extranjeras para subvertir a las otras repúblicas americanas.

Esto nos separa y solamente esto. Mientras esto exista nada es posible. Sin esto todo es posible.

Ningún cubano debe sentirse aplastado entre la dependencia en las promesas quebrantadas del comunismo extranjero por una parte, y la hostilidad del resto del hemisferio por otra. Porque una vez que se haya restaurado la soberanía de Cuba le ofreceremos la mano de amistad y de ayuda a una Cuba cuyas instituciones políticas y económicas hayan sido forjadas de conformidad con la voluntad del pueblo cubano.

Pero nuestra marcha hacia el logro de las metas de la Alianza para el Progreso no esperará hasta que llegue ese día feliz.

En 1961 las naciones americanas firmaron la Carta de Punta del Este. Más de dos años después, a pesar de los peligros y de las dificultades, más que nunca apoyo y tengo fe en la Alianza para el Progreso. Contando con la Alianza, el sistema interamericano y las naciones americanas pueden entrar en una década de esperanzas y de libertad crecientes. Sin ella, los pueblos de este hemisferio confrontarían una vida de miseria sin esperanzas, con la independencia desaparecida y la libertad un vano ideal.

Me doy plena cuenta de que hay personas que, temiendo la magnitud de los obstáculos, la resistencia al progreso, la rapidez de los logros, han perdido su fe en la Alianza.

Pero esa misma falta de fe se ha visto antes. En 1948, un senador distinguido, hablando en el Congreso de Estados Unidos, dijo, al hablar del Plan Marshall: "Si yo pensara que existe una buena posibilidad de conseguir estos objetivos le daría mi apoyo a este proyecto de ley, pero, a la luz de la historia, a la luz de la historia de este mismo Congreso y de los que le precedieron, no podemos declarar que existe la posibilidad de un éxito. Todas las pruebas indican que será un fracaso".

A pesar de lo que se dijo, seguimos adelante. El resultado ha sido una Europa moderna.

No ignoro las dificultades que confronta la Alianza para el Progreso, que son mucho más grandes de las que existían en el Plan Marshall. En esa ocasión, contribuimos a la reconstrucción de una economía quebrantada que contaba con

cimientos humanos y sociales. Actualmente, estamos procurando crear nuevos cimientos básicos capaces de forjar de nuevo sociedades que datan de muchos siglos, así como las economías de la mitad del hemisferio.

Los que conocen a nuestra hemisferio, al igual que los que conocían a Europa en 1948, no tienen la menor duda de que si no nos descorazonamos, los lúgubres pronósticos de hoy una vez más desaparecerán al alcanzar los logros del porvenir.

Aunque los problemas son enormes, el peligro más grande no radica en nuestras propias condiciones ni en nuestros enemigos sino en nuestras dudas y temores. El poeta Robert Frost escribía hace medio siglo: “nada es cierto a no ser que un hombre u hombres lo apoyen, vivan por él, se desgasten por él, mueran por él”.

Este espíritu es más necesario que el dinero o las instituciones o los acuerdos. Con él podremos hacer de la Alianza para el Progreso una realidad transformadora durante muchas generaciones venideras. A la larga, será el nuestro un continente donde más de 20 naciones fuertes vivan en paz, con sus pueblos aunados en la esperanza, en la libertad y en la convicción de que todos los días del futuro acarrearán consigo un aumento en el bienestar y en la dignidad del hombre.